

COMO un ave viajera y errante peregriné hacia el Viejo Mundo en busca de los cambiantes panoramas de sus paisajes y de las fuentes profundas de la cultura. Como siempre, lo hice con la sensibilidad alerta para tratar de captar las más recónditas manifestaciones del arte, de las costumbres de sus pueblos, de sus tradiciones celosamente conservadas, de sus modos de vida, deseando comprender, apreciar, admirar, amar.

En las numerosas charlas que he pronunciado a mi regreso a La Plata he intentado transmitir con mi pobre palabra las impresiones recibidas. Ahora, en estas carillas, trataré de proporcionar algunas referencias sobre un país en el que más oportunidad tuve de conocer, alternar, convivir y observar: Holanda.

Comencemos por aclarar un error geográfico muy corriente aun entre las personas cultas: Holanda es el nombre de dos provincias y no de la nación, que se denomina Países Bajos (Nederlands). Existen varias Holandas: la de nuestra infancia que nos hablaba de la limpieza de sus establos, donde las vacas se cuidaban tanto que hasta se les trenzaban las colas; la Holanda de los quesos de bola y de la manteca, de las paisanas con cofias de encajes que dejaban sus zuecos en la puerta para penetrar en sus casas y la de los pescadores con sus gorros y sus invariables pipas en la boca. Está la Holanda de los turistas apresurados que en un día recorren en viaje relámpago sus campos de tulipanes, las pintorescas aldeas de Volendam y Marken y dan un vistazo de pasada a la ciudad de Amsterdam. Pero hay otra Holanda más pro-

Josefina Passadori

IMPRESIONES HOLANDEAS

funda e íntima a la vez que conocen los viajeros que han tratado de auscultar el ritmo de su vida recorriendo ciudades, aldeas, museos, puertos, fábricas, granjas.

Holanda es una maravillosa lección de geografía humana; aquí el paisaje y el mismo suelo que pisamos ha sido creado por el hombre que con tenacidad y paciencia ha logrado, en titánica lucha de siglos, arrancar palmo a palmo sus tierras al mar, desecarlas y convertirlas en fértiles tierras de labor. Magnífico ejemplo de heroísmo civil, silencioso y constantemente renovado, porque presupone una permanente vigilia a fin de que el tradicional enemigo —el mar—, siempre en acecho, no recupere su patrimonio al menor descuido.

Es Holanda la tierra de los "polders", de los diques, de las esclusas, de los puentes, pero también es la tierra de las granjas, y la patria de Erasmo, de Leewenhoek, de Rembrandt, de Hals, de Ruysdaels y de tantos otros geniales creadores en las ciencias, en las artes y en la técnica. Referirse al aspecto físico, económico y cultural de este país llevaría muchas páginas. Por ello me limitaré a suministrar a mis lectores algunas infor-

maciones de carácter más íntimo, diría casi familiar.

El primer contacto con un país lo establecemos casi inevitablemente por sus ciudades. He conocido muchas ciudades holandesas: tienen todas un aire de familia y un matiz particular que les transfiere el tiempo, pues casi todas ellas tienen varios siglos de existencia, pero también tienen algo que las distingue entre sí. Por otra parte es fácil trasladarse de un lugar a otro en este pequeño país cuya superficie sobrepasa muy poco la de nuestra provincia de Misiones y cuya mayor distancia es de 300 km. de norte a sur y de 200 de este a oeste.

Tres ciudades formarán pronto un verdadero conglomerado urbano único, lo que los franceses denominan "villeauceinture" y que concentra en poco espacio el 40 % de la población total de Holanda. Estos tres centros son: Amsterdam, La Haya y Rotterdam. La primera es la capital legal del país, la segunda la capital de hecho y la tercera uno de los puertos más importantes del mundo. En menos de hora y media podemos trasladarnos de la primera a la última. Las comunicaciones son magníficas, rápidas, eficientes y continuas tanto por ómnibus como por tren.

Rotterdam es el primer puerto del país y una ciudad industrial que fue totalmente destruida por la última guerra y ya reconstruida. Magníficos edificios de arquitectura moderna la embellecen hoy.

La Haya es una ciudad tranquila, asiento de la actividad administrativa y de congresos internacionales. Posee lujosas mansiones en barrios jardines, donde sólo viven funcionarios, diplomáticos y ricos burgueses. En pocas horas podemos tener una idea aproximada de estas dos ciudades, pero para conocer a Amsterdam es menester andar sus calles y canales,

visitar sus museos y sus plazas, recorrer sus arterias comerciales y ello nos demanda varios días.

El progreso material y la prosperidad comercial del siglo XVII tuvo a su frente a la ciudad de Amsterdam. Sobre este primitivo puerto asentado sobre pilotes de madera, los ricos burgueses comerciantes comenzaron a levantar sus mansiones de fachadas multicolores a lo largo de los canales. Los tres que rodean el centro de Amsterdam embellecen el barrio de las casas patricias. Los más hermosos son el Heerengracht, el Kersersgracht y el Prensensgracht. El signo característico del exterior de estas casas es la sobriedad, pero en su interior el lujo y el esplendor de las decoraciones se despliega. La mayor parte de ellas han sido transformadas hoy en oficinas comerciales, en bancos, en museos, pero se conservan tal cual en su exterior. Aquí se nos revela el carácter tradicionalista del holandés: es poco afecto a destruir lo viejo para reemplazarlo por construcciones nuevas.

No creo, con todo, que pueda interesar demasiado la descripción de la ciudad; por eso prefiero contar algo sobre la vida cotidiana de un habitante de la misma que es lo mismo que decir de cualquier holandés. He vivido en dos de esos hogares holandeses; el primero era un departamento en uno de los barrios modernos levantado en un "polder" recientemente desecado; el otro en un barrio viejo y en una vieja casa del siglo pasado.

Diré en primer término, que la vida familiar constituye una de las características más salientes de este país; el holandés es hogareño, en ninguna parte se encuentra mejor que en su casa y la familia es el verdadero núcleo espiritual de la nación. La mayoría de las familias está constituida por dos o más niños y lo

CARNET DE VIAJE

corriente es el hogar de cuatro o cinco. Son numerosas las familias con diez o más hijos.

Habitaba en un tercer piso. Para llegar a él debía subir una estrecha y empinada escalera, común a todas las casas holandesas. Me explicaba una amiga que las construyeron así para que los viejos marinos no añoraran las de sus barcos cuando regresaban. Lo cierto es que son bastante fatigantes. No hay problemas respecto a los proveedores. Un pequeño montacargas sube y baja las botellas de leche y toda otra mercadería de consumo diario, hasta el piso correspondiente.

Los departamentos constan por lo general de un gran living comedor, uno o dos dormitorios, cocina y baño. Estos dan al patio o jardín interior común a todos los departamentos. La habitación más importante de la casa es la sala de estar. Lleva muy bien su nombre. Es curioso: los holandeses, tan poco afectos a abrir sus puertas a los extraños, viven prácticamente en la calle, porque desde afuera puede seguirse toda la actividad que desarrolla la familia en estas salas de estar. Por cierto que la curiosidad de ver qué sucede en ellas sólo nos acucia a nosotros... Ellos no se preocupan de lo que hace el vecino o el transeúnte que pasa. Me encantaba recorrer el barrio al anochecer, pues estos "living" están profusamente iluminados. Producen una sensación de confort, de afectividad diaria. Todo está dispuesto para la comodidad de la familia; amplios y mullidos sillones, cortinados, alfombras, mesitas bien distribuidas (aparte de la que sirve para comer, generalmente redonda y cubierta por un tapiz); veladores, chimenea. Profusión de cuadros, platos, cerámicas, cobres; un juego de té sobre una mesita; multitud de pequeños objetos, algunos inútiles, otros artísticos; cajas, muchas cajas que se fabrican en serie destinadas a guardar el pan, los bizco-

chos, el té; profusión de almohadones de todos tamaños; estantes con libros; revistas nacionales y extranjeras; radio, discoteca y televisor. En fin, ¿cómo recordar todas las "cosas" que había en esas salas? El holandés gusta rodearse de confort y de todas esas pequeñas cosas que adornan con profusión su hogar; le place tocarlas, admirarlas o simplemente verlas para saber que están allí. En el "living" transcurre la mayor parte del tiempo libre de los miembros de una familia holandesa. Por eso son tan confortables, tan acogedores, con las plantas que se distribuyen en todas partes y las flores de estación que indefectiblemente ocuparán un lugar predilecto. Los dormitorios en cambio, son de una sencillez franciscana, apenas si hay en ellos lo indispensable y son absolutamente impersonales porque no se vive en ellos. La mayoría poseen lavabos.

Aunque las actividades en la ciudad comienzan a las nueve, en las casas se desayuna de siete y media a ocho. Aunque el holandés es bastante sobrio, diría casi frugal para comer, su desayuno, como el de todos los pueblos nórdicos, es francamente copioso: leche (es gran bebedor de leche y se calcula que término medio cada habitante consume un litro por día), té o café en abundancia; bizcochos, tostadas, panecillos, fiambres, quesos, mermeladas, huevos, panceta y margarina. La manteca es exquisita, pero se consume poco porque se exporta. A los niños se les da leche especial, de acuerdo con la edad con aditamento de vitaminas.

Así pertrechados con las calorías necesarias, los hombres se dirigen a realizar sus tareas, los niños a las escuelas y las amas de casa se dedican a sus quehaceres o salen de compras. Al llegar las once, todo el ritmo de la nación se detiene para hacer una pausa: es la hora exacta en que los holandeses en sus ca-

CARNET DE VIAJE

sas, en las oficinas, en los escritorios, etc. ingieren una taza de café puro o cortado con leche, solo o acompañado por una galletita. Esto parece ser un verdadero rito y si llega una visita a la casa o el médico, sería muy descortés no ofrecerle una taza de café.

A la una de la tarde se toma un ligero refrigerio, pues no puede llamarse almuerzo; como el trabajo en fábricas, oficinas, comercios, etc., es continuado, durante algunos minutos se suspenden las tareas para comer unos sandwiches que se han llevado ya preparados de la casa y tomar leche o café. En las casas sucede lo mismo.

A las 18 horas se realiza la comida que reúne a toda la familia, pero lo único que la diferencia de las otras comidas es que se agrega un plato caliente, fruta y ensaladas.

Podemos afirmar, sin temor de cometer un error, que en todos los hogares holandeses no varía fundamentalmente ni el tipo de alimentación, ni los horarios. Muchas veces recorriendo las calles de diferentes ciudades, me fue dado contemplar el mismo espectáculo al dirigir la mirada curiosa al interior de los hogares cuando pasaba después de las seis de la tarde. Esto tan simple, nos revela una de las características más salientes y notorias tanto en la vida privada como en la administrativa o económica: la organización. Resultado de ello es el orden y la disciplina que reinan en todas partes. El tiempo es sagrado y no se pierde ni nadie lo hace perder a los otros. Es de muy mal gusto llegar tarde a una cita o cuando nos han invitado a una casa. La tolerancia máxima permitida es quince minutos después de la hora indicada. No se vaya a creer que viven esclavos del tiempo y apurados como nosotros. Nada de eso; su tiempo está bien regulado y todo lo

realiza con calma, lentamente. Son de temperamento flemático y ciertamente choca a nuestra impetuosidad latina la lentitud de las respuestas o de las determinaciones.

Me ha parecido que son también poco sentimentales y sí prácticos y realistas pues aman el orden, la eficacia y el trabajo. Quizás sean poco imaginativos y su sentido práctico, consecuencia del apego al orden y la organización, se aplica indistintamente tanto a los aspectos de la vida cotidiana como a la realización de grandes empresas comerciales o industriales. Es indudable que una ama de casa latina puede realizar tareas en pocas horas pero la dueña de casa holandesa, si bien no tiene apremio, cumple sus tareas regidas por un calendario muy riguroso, que de ningún modo se altera. Hay un día de la semana, ya no recuerdo cuál, dedicado al lavado de ropa; pues bien si recorriamos las calles, los canales, podíamos estar seguros de ver en todas partes ropa tendida a secar; otro día de la semana está dedicado a la limpieza de vidrios y todas las amas de casa realizan esta tarea al mismo tiempo, a la misma hora, en todo el país... Salvo que se trate de zonas departamentales nuevas donde obreros especializados en estas tareas, con escaleras que llegan hasta un cuarto piso dejan en pocas horas, limpios y transparentes todos los cristales.

¿Y esa suerte de manía por la limpieza? Realmente daba gusto circular por calles de las ciudades holandesas, tan limpias. A propósito de limpieza, el servicio de recolección de los residuos domiciliarios se efectúa con carros automáticos y todas las casas o departamentos tienen un recipiente de hierro galvanizado con tapa, provisto por la Municipalidad. El recolector lo vacía y en se-

CARNET DE VIAJE

guida otro empleado pasa y lo limpia con un desinfectante.

A esta religión de la limpieza, del orden y a la costumbre de beber gran cantidad de leche y ser sobrios en el comer se debe sin duda la salud de este pueblo. Fue en Holanda donde mayor cantidad de personas ancianas he visto (es el país que tiene en las estadísticas el mayor promedio de vida). Cuando tomaba un tranvía me asombraba no ver casi nunca gente joven; todas personas mayores de ambos sexos y algunas francamente ancianas. La ancianidad no es un estado deprimente; se ve a los ancianos circular por todas partes y he visto a una señora de ochenta años hacer todos los días diez kilómetros en bicicleta para llegar a su casa. A propósito de bicicletas, éste es un medio de transporte universal en Holanda; se calcula que en Amsterdam solamente hay más de medio millón de ellas.

Para terminar estas breves impresiones holandesas, quiero referirme a una costumbre muy arraigada y es la conme-

moración de los aniversarios (nacimientos, casamientos, etc.) no sólo de sus familiares próximos, sino también de los más lejanos, de los amigos y de las nuevas relaciones que puedan contraerse. Para no olvidar las fechas recurre el holandés a un arbitrio muy curioso: en la parte interior de la puerta del baño coloca un "memorandum" con letras bien visibles donde se registran los aniversarios del mes, para no olvidarlos. Es tan arraigada esta costumbre que en las oficinas, en los laboratorios también se festejan los aniversarios. Aparte de los familiares están los aniversarios más importantes de carácter nacional: tales el de la Reina, el de San Nicolás.

Holanda presenta el aspecto de una inmensa familia, de allí su aire un tanto burgués y marcadamente provinciano que hace detestar toda innovación en las costumbres. Pero es un burgués trabajador, feliz, que se siente orgulloso de la pequeña patria que él contribuyó a formar.